

» ¿Será posible que lo logren , y que el príncipe de
» la Paz, por hacer con él las amistades, sacrifique
» la España á la Inglaterra? »

— « Que hay quien esparza , dijo Pardo , voces
» muy siniestras para turbar los ánimos, yo no sabria
» negarlo; que los autores de ellas sean Ingleses ó
» partidarios suyos , aunque en España son muy po-
» cos los que tienen , seria muy posible; que se aco-
» jan en el palacio por el príncipe de Asturias, rue-
» go á V. M. que no lo crea por mas que lo hayan
» dicho: S. A. no se mezcla en cosas del gobierno.
» En cuanto al príncipe de la Paz, podré decir á V. M.
» que le conozco hasta lo íntimo , y que ninguna
» suerte de influencia , de donde quiera que viniese,
» seria capaz de someterlo á la Inglaterra. »

— « ¿ Pero usted no ha leído su proclama? replicó
» Bonaparte. ¿ Ignora V. que se ha mandado hacer
» un armamento extraordinario? »

— « Señor , respondió Pardo , mis encargos é ins-
» trucciones me dan sobrada luz para explicar esa
» medida; la proclama no la he visto. La presencia
» del lord San Vicente en Lisboa con una escuadra
» numerosa debió alarmar á nuestro gobierno en su-
» mo grado , y la repulsa pronta y vigorosa que su-
» frió la Inglaterra de ambas cortes de Madrid y de
» Lisboa, ha debido hacer temer que el ministerio
» ingles intente con las armas lo que no ha podido
» con negociaciones. En Falmouth , en las dunas de
» Buckland y en otros puntos se estan juntando gran-

» des fuerzas. Se habla principalmente de dos expe-
» diciones, una de ellas al mando de sir Arturo
» Wellesley, la otra al de sir Jorge Prevost, y han
» corrido y aun corren voces muy validas de que se
» disponen contra la Península. En Deptford se reu-
» nen por millares los caballos y se embargan ó ajus-
» tan por tres meses los buques de trasporte, cuantos
» puedan ser habidos, sin acopiar forrages. Mis en-
» cargos mas apretados son inquirir noticias sobre el
» destino de estas fuerzas. ¿Será extraño que nuestra
» corte, encontrándose ahora sola, y V. M. aquí em-
» peñado, tome grandes medidas de defensa? »

— «Sí, todo eso es verdad, replicó el emperador
» mas la proclama es muy equívoca. Podrá ser como
» V. dice, y podrá ser tambien como hace pocos me-
» ses, que figurando armar la Prusia contra mis ene-
» migos, despues se unió con ellos para hacerme á
» mí la guerra. A nadie ofendo en recelarme, señor
» Pardo; sin este mate que aquí he dado, al Austria
» misma escarmentada tantas veces, la tendria otra
» vez en facha. España está muy lejos, se cruzan las
» mentiras, se escribe que la Francia está agotada,
» que la Italia se encuentra sin defensa, que el ma-
» riscal Masena ha sido muerto, que mi hermano
» huye á Roma, que á Marmont lo han destruido en
» la Dalmacia, que las derrotas de la Prusia han sido
» estratagemas para engreirme y rodearme, que
» viene sobre mí medio millon de Rusos, y que
» justicia será hecha de la Francia y de sus aliados.

» De este modo se hace la guerra por los que no
» aventuran ni un soldado para venir á hacerme
» frente. »

— « Lo mismo ha sido siempre, dijo Pardo, sin
» que por eso en tanto tiempo nos hayan seducido
» los Ingleses. ¿Qué motivo tendria la España para
» cambiar ahora de política? »

— « Hay otra especie de mentiras, siguió Napoleon,
» que podrian emplearlas con suceso en vuestra cor-
» te. Se ha dicho y se ha vertido que entraba en
» mis planes derribar á todos los Borbones, que mi-
» raba yo á España con codicia, y que intentaba ha-
» cerla mia y coronar en ella á alguno de mi casa.
» Llegada á ser creida tal especie, he aquí un motivo
» justo que tendria vuestro gobierno para volverse
» mi enemigo. Con este fin se me han supuesto no sé
» qué dichos ó amenazas que descubrian este designio,
» como si en caso de tenerle no lo hubiera yo guarda-
» do en mis adentros. Sucedió tambien que algunos
» folletistas, pensando hacerme un obsequio sobre la
» cuestion de Nápoles, atacaron á los Borbones y re-
» cordaron la política de Luis XIV. acerca de la Es-
» paña. En cuanto yo lo supe, todos estos escritos
» fueron recogidos, y los autores de ellos y los que
» permitieron publicarlos, tuvieron muy mal rato.
» Llegué tambien á sospechar que mi embajador en
» vuestra corte se hubo de explicar con indirectas de
» la misma especie cuando le fué negado el recono-
» cimiento de mi hermano. Por ustedes no lo he sa-

» bido, pero lo colegí de sus informes. Vuestro go-
» bierno no debió callarme esos excesos, si los hubo.
» Pero sin mas que mis sospechas, lo mandé retirar
» y he puesto en lugar suyo un hombre moderado
» y conocido señaladamente por su antiguo afecto á
» los Borbones. Yo no he tenido otro motivo para
» reemplazar á Beurnonville por Beauharnais. Yo no
» rehuso explicaciones cuando debo darlas, y obran-
» do de este modo tengo tambien derecho á que con-
» migo se hable claro de la misma suerte. De otro
» modo no hay amistad ni podria haberla. A nadie
» he suplantado todavía ni amigo ni enemigo, cíteme
» V. alguno que se pueda quejar de esto. Para au-
» mentar la Francia no he usado nunca mas derecho
» que el que me da la guerra provocada por mis
» enemigos, y aun al usar de este derecho he sido
» siempre moderado. ¿Cómo podria pensar en des-
» tronar á Cárlos IV, ni qué razon política podria
» estimarse superior á los oficios de amistad y de
» correspondencia mútua que el uno al otro nos de-
» bemos? ¿Qué dirian de mí los demas pueblos alia-
» dos, y quién querria contar conmigo en adelante
» ni fiar en mi alianza? Despues de esto, aun en po-
» lítica cometeria un gran yerro si intentára cambiar
» la dinastia española. ¿No haria yo entonces un ser-
» vicio á la Inglaterra, desatando los lazos que unen
» vuestras Américas á sus antiguos reyes, presentán-
» dole el plato deseado y abriéndole el comercio de
» aquel vasto continente donde hasta ahora son odia-

» dos? ¿Y qué sería la España sin la América mas
 » que una carga inútil á la Francia, un pueblo em-
 » pobrecido y sin recursos que nos agotaria nuestros
 » tesoros y una parte de nuestras fuerzas para poder
 » guardarla y conservarla en nuestra dependencia,
 » de cualquier modo que esto fuese ó se intentara
 » hacerlo? ¿No está ahí Nápoles que es tan grande
 » como mi mano, y sin embargo necesito distraer y
 » consumir allí un ejército para domar las bandas
 » calabresas? ¿No sabria la Inglaterra alimentar la
 » misma guerra en vuestros largos litorales, y sacar
 » en lo interior igual partido de la indignacion que
 » causaria el señorío extranjero? ¿Desconozco yo
 » acaso vuestra soberbia nacional, el influjo de la
 » nobleza y el poderío del clero en vuestro puebló?
 » ¿Y ocupado yo en someterle, me seria fácil defen-
 » derme aquí en el Norte en donde estan mis mas
 » grandes enemigos? Si se me cree ambicioso, no se
 » me crea insensato. Yo soy amigo de la España
 » por deberes, por sentimientos, por interes mio
 » propio, y por política. Me parece que me he expli-
 » cado con franqueza y con aquella noble ingenui-
 » dad que le es dado poder usar al que despues de
 » todo está bien situado, como yo me hallo, y sin te-
 » mer á nadie.»

— « V. M. lo ha dicho todo, le contestó el emba-
 » jador, y esas mismas razones, que adquieren en
 » su boca la mas grande autoridad con que podrian
 » corroborarse, han mantenido y mantendrán cons-

» tantemente la amistad y la alianza que se compla-
» ce España de tener con un monarca tan glorioso.
» No es lisonja, señor, callaria si no fuese asi: V. M.
» á la cabeza de la Francia en tan supremo grado
» de poder como el que ha merecido de su pueblo y
» ha asegurado con sus armas, no goza en ella mas
» afecto que el que le tiene España como su aliado.
» No es lisonja tampoco si le digo que este precioso
» título aumenta la soberbia nacional del pueblo cas-
» tellano que V. M. ha mencionado. Caminar al lado
» suyo y al lado de la Francia, no como un pueblo
» sometido, sino de igual á igual, no mandado por
» la victoria, sino espontáneamente, de suyo y no
» por orden, es para España un lauro nuevo en este
» siglo de que hay muy pocos pueblos que puedan
» alabarse. Si V. M. oyera referir sus hechos y sus
» triunfos hasta en las rústicas cabañas con el mismo
» interes y el mismo aprecio que en la corte, cono-
» ceria mas latamente la devocion que se le tiene
» entre nosotros, la buena fé española. Tanto como
» fué el ardor que se mostró en España en los pri-
» meros dias de la república cuando vió que peligra-
» ba el trono de sus reyes, la inmunidad de sus al-
» tares, y su existencia independiente, tan grande es
» al contrario el que hoy se nota en ella por el res-
» taurador del régimen monárquico y del principio
» religioso. V. M. no tiene mejores aliados que los
» Españoles, porque lo son por reflexion, de propia
» opinion suya, no impuesta ni imbuida, sino salida

» de ellos mismos, sin que se encuentre en su amis-
 » tad ningun achaque de temor ó servidumbre. Cual-
 » quiera otro menos cuerdo que V. M. ó menos ad-
 » vertido de la índole española, habria tal vez gasta-
 » do estas disposiciones tan gratas y sinceras ambi-
 » cionando su dominio y haciendo verosímiles las
 » voces que ha esparcido la imprudencia ó la malicia.
 » Tales voces, yo lo confieso, podrian haber turbado
 » este feliz acuerdo y esta union tan estrecha que
 » reina entre ambas cortes; convertidas en realida-
 » des habrian ocasionado el alzamiento entero de la
 » España, sin que el gobierno mismo hubiera sido
 » parte á contenerle. En las masas del pueblo el sen-
 » timiento nacional no es menos vivo que en la
 » Francia, y en tratándose de llevar un yugo ex-
 » traño.... »

— «¿ Mas para qué es recargar (dijo Napoleon in-
 » terrumpiendo á Pardo) el cuadro mismo que yo
 » he hecho? De nada estoy mas lejos que de querer
 » tocar á la corona de la España. Nadie respeta mas
 » que yo el carácter personal de Cárlos IV, nadie
 » conoce tanto ni tiene en mas estima las virtudes y
 » el valor del pueblo castellano: en Trafalgar se han
 » visto, sin ir las á buscar en tiempos mas remotos.
 » Mas no por esto piense V. que llegada una extre-
 » midad, lo que jamas suceda, ninguna de las cosas
 » que yo he dicho y que V. podria decirme, basta-
 » rian á arredrarme si se ofreciese un caso como en
 » Nápoles. Como quiera que sean los pueblos, que

» al fin todos se parecen mas ó menos, hay medios
» ciertos de vencerlos sin mas que variar con cada uno
» la política y la táctica. Yo he hecho la guerra en
» el Egipto de distinta suerte que ahora en Prusia;
» y en Italia de otra manera de como se pugnaba en
» Alemania..... Pero no hablemos mas de guerra. Ni
» yo pienso que se me haga por parte de la España,
» ni es su interes hacerla. Escriba V. no obstante. Esta
» conversacion que hemos tenido deseo yo que vaya
» entera á vuestra corte, y supuesto que yo no dudo
» de la amistad de España, derecho tengo de exigir
» que de la mia no queden dudas ni las mas remotas.
» Escriba V. tambien á su amigo el de la Paz; su po-
» sicion es tal, si no la desampara, que la historia
» podrá ponerle un gran renglon para él tan solo, y
» es el de haber librado su pais de las revoluciones y
» las guerras que han desolado en todas partes á las
» demas naciones. Añada V. que no sea ingrato, por-
» que esa posicion yo se la he hecho en mucha par-
» te, contemplando á la España cual no he llegado
» nunca á contemplar ninguna otra potencia de la
» Europa. En la guerra de Portugal se hizo lo que
» él quiso, no lo que yo quisiera. Rota la paz de
» Amiens, consentí que la España quedase neutral, y
» me privé por complacerla del poderoso auxilio que
» pudieron haberme dado sus escuadras todo el tiem-
» po que le fué posible mantenerse en paz con la Ingla-
» terra. Cuando llegó su desengaño, y la Inglater-
» ra, no la Francia, la obligó á la guerra, yo abrí

» mis brazos á la España, y ella vió patentemente
» que su seguridad y su decoro dependia de la union
» de sus armas con las nuestras. He llevado con pa-
» ciencia cuantas repulsas se me han hecho á muchas
» peticiones y demandas razonables dirigidas de mi
» parte, y no he mostrado enojo. España ha sido para
» mí como una dama que me podia tener algun
» amor, pero al modo de una coqueta y de una me-
» lindrosa, avara de sus gracias y favores. Todo esto
» lo he sufrido porque veia al mismo tiempo un
» cierto fondo de lealtad y buena fé que me hacia
» olvidar las demas cosas. Y dígame V. mas como un
» aviso de mi parte, que si desea vivir seguro, no
» transija de ningun modo con la opinion de sus con-
» trarios. Ni el príncipe heredero ni la faccion que
» lo gobierna harán con él las paces por mas que se
» someta á su influencia; su perdicion es cierta si
» cambia de política. El objeto de la faccion es des-
» peñarle en un abismo. El dia que yo quisiera se
» pondrian luego de mi lado y dejarian á la Ingla-
» terra por perderlo. Escriba V. tambien que mi am-
» bicion no es mas que el ansia de arribar á las pa-
» ces generales y de quitar en todas partes los estor-
» bos que me oponga la Inglaterra contra este fin
» tan deseado; que las mudanzas que yo hago y po-
» dré hacer en adelante son forzosas para cumplir
» este propósito; que atacaré en Europa cuanto se
» opusiere á esta gran necesidad del continente
» que voy tras de una liga universal contra la Gran

» Bretaña; que cuento con la España para hacer en-
» trar en esta liga al Portugal por la razon ó por la
» fuerza, que solo en este objeto me encontrará exi-
» gente, y que por todo lo demas mis intenciones
» hácia ella, son que figure por sí misma como una
» gran nacion independiente, amiga de la Francia
» y no su esclava. Escriba usted en fin lo que ya ha
» visto de esta guerra con los que me querian hacer
» volver á Francia contándome los tránsitos y seña-
» lando las etapas. Bajo mi palabra no tema usted
» decir que la segunda parte de esta guerra, dado
» que se comience, tendrá el mismo resultado; que
» la paz no está lejos... y otra cosa no mas; que seria
» mejor visto en la política de España no aguardar,
» pues ya es tiempo, á que mis enemigos mismos
» reconozcan á mi hermano el rey de Nápoles, antes
» que ella, mi verdadera amiga y mi aliada, lo haya
» hecho.»

Pardo escribió esta conferencia, la presentó al emperador antes de remitirla, y á excepcion como ya dije de alguna otra palabra que hubo este de endulzar á su manera, le dió su aprobacion y le rogó me la enviase con persona de su entera confianza. Si el emperador hubiera hablado de aquel modo en otras circunstancias menos arriesgadas de las que entonces combatian su espíritu, se habria podido dar á sus palabras algun crédito, pero hablaba en un tiempo en que necesitaba contemplarnos, en que el Austria y la España le podian poner

en grande aprieto. Cárlos IV no sabia dudar de las promesas de los hombres y se inclinó á creerlo. « Véle aquí ya, me dijo, que él mismo se nos viene, y que de suyo me responde á aquellos justos cargos que podia yo hacerle. Tú eres desconfiado en demasía; él sabrá agradecerme mi perseverancia en su amistad por cima de las quejas que pudiera yo tener en contra suya. Evitemos de nuestra parte que él tambien las tenga de nosotros; reconozcamos á su hermano: basta ya el tiempo que ha corrido sin hacerlo, para satisfacer los miramientos que le debia yo al mio. No dirá nadie que es temor hacerlo ahora. Por lo demas, acostumbrado estoy de largo tiempo á sacrificar mi corazon por el bien de mis vasallos. »

— «Decidido á la paz, respondí al rey, cual V. M. se halla con harta pena mia, es prudencia reconocer al nuevo rey de Nápoles, y mas pudiendo hacerse de tal modo que no padezca en cosa alguna su decoro delante de la Europa, reconociendo el hecho solamente sin dar ninguna muestra de aplaudirlo, ni consagrar ese derecho (1). Este gran

(1) El reconocimiento de José Napoleon como rey de Nápoles fué practicado de tal modo que ningun documento diplomático de los usados en tales casos, dejase ver otra cosa que la sola admision de un hecho ya cumplido. Aunque nuestra corte tuvo siempre un embajador en la de Nápoles (elegido éste de ordinario entre los individuos mas clasificados de la grandeza) no hubo en tiempo del

» sacrificio es á la paz : otro, tal vez mayor, encuen-
» tro yo que podrá hacerse necesario al mismo ob-
» jeto. Bonaparte no nos engaña de tal modo, que
» de aquello que ha dicho no podamos aprovechar-
» nos y sacar un buen partido contra sus proyectos.
» El Portugal está en reserva para sus designios ve-
» nideros; él mismo lo ha indicado en su conversa-
» cion con Pardo sin usar ningun misterio, y el
» Portugal será el señuelo con el cual podrá envol-
» vernos en sus redes. Tiempo hay de prevenirnos;

rey José sino un simple y mero encargado de negocios, que lo fué hasta el fin, sin mas título que este, don Pio Gomez de Ayala, antiguo secretario de embajada en aquel reino. En el Calendario manual y guía de forasteros, donde á todas las testas coronadas se ponía el título de rey, simple y llanamente, se inscribió al rey José de esta manera: *José Napoleon, hermano del emperador de los Franceses, proclamado rey de Nápoles y de Sicilia en 30 de marzo de 1806*. De este modo fué hecho no solo en 1807, sino en 1808, siendo de notar que los otros dos hermanos *Luis y Gerónimo*, fueron inscritos como los demas reyes que lo eran de hecho y de derecho, leyéndose en sus respectivos lugares: *Luis Napoleon rey de Holanda, condestable de Francia; Gerónimo Napoleon, rey de Westfalia*; y de la misma suerte los demas reyes, príncipes, princesas y duques soberanos que habia investido Bonaparte. Esto será pequeño, si se quiere; pero prueba tambien alguna cosa acerca de la gravedad y la delicadeza de nuestro gabinete, aun cuando bajaba ya y doblaba un tanto la cabeza, mal que á mí me pesase y que lo hubiera resistido, ante el emperador de los franceses.

» y pues él mismo ha descubierto su camino , pare-
» mos el peligro que nos amenaza , y quitémosle de
» en medio todo pretexto y ocasion de introducirse
» en la Península. Persuadamos al Portugal de la
» necesidad de unirse con nosotros contra la Ingla-
» terra , y si no lo alcanzaren los consejos , obligue-
» mosle por las armas , echemos los Ingleses , guar-
» nezcamos sus puertos é impidamos que Bonaparte
» venga á hacerlo. »

— « Tú piensas bien , me dijo el rey , estoy con-
» tigo , mientras que no se trate de violencias é in-
» justicias. ¿ Con qué motivo razonable se podria do-
» rar á la vista de la Europa esa invasion que tú pro-
» pones ?

— « Con el del bien comun de entrambos reinos ,
» dije al rey. La Europa nos ha dado en estas mis-
» mas guerras dos ejemplos muy recientes. En la
» tercera coalicion invadió el Austria á la Baviera
» para obligarla á sostener los intereses del Imperio.
» Despues la Prusia ha obrado de igual modo com-
» prometiendo y obligando á la Sajonia á la comun
» defensa. Y sin subir mas lejos á buscar ejemplos
» en la historia , vuestro augusto padre invadió el
» Portugal para obligarlo , en circunstancias harto
» bien diferentes y menos apretadas que las nues-
» tras , á pelear en la comun defensa de la España y
» de la Francia contra la Inglaterra. En cuanto á
» motivos especiales , y sin buscar pretextos , V. M.
» no ignora que el Brasil está siendo hoy en dia el

» punto de reunion donde se abrigan los Ingleses y
» se amparan para atacar á Buenos-Aires y robarnos
» aquella parte de la América. Y aun sin esto, se-
» ñor, á V. M. le ruego que me permita esta pre-
» gunta: Si mas pronto ó mas tarde, superada la
» cuarta coalicion, y acallada otra vez la Europa,
» nos pidiere Napoleon abrir nuestras fronteras á
» sus tropas para atacar el Portugal y juntar nues-
» tras armas con las suyas para el mismo objeto,
» ¿cuál de los dos partidos podria adoptar nuestra
» política, condescender ó resistirle? Resistirle no
» seria fácil: condescender sería ponernos en sus
» manos, hacerle dueño de nuestra casa, y aceptar,
» mandados y sin ninguna gloria nuestra, esa mis-
» ma invasion que V. M. desecha ahora como in-
» justa. Recuerde V. M. la guerra que fué hecha en
» 1801, y lo dificil que fué entonces librar al Por-
» tugal, y salvarnos nosotros mismos de la ambicion
» de Bonaparte no siendo en aquel tiempo mas
» que primer cónsul de la república francesa. ¿Qué
» seria ahora que es ya dueño de la mitad del con-
» tinente y no halla el fin de sus fronteras en
» ningun punto de la Europa? Dueños del Portugal
» como podemos ser ahora, antes que él venga á
» acometerle, y unidas con nosotros las armas portu-
» guesas contra la Inglaterra, Bonaparte no podria
» hallar ningun pretexto para ingerirse en la Penín-
» sula, desharia las sospechas que aun podrá abri-
» gar contra nosotros, y mal que le pesase, se en-

» contraria obligado nuevamente, dando nosotros
 » ese golpe no esperado y de tan grande trascenden-
 » cia contra la Inglaterra. Hecho así, no tan solo se
 » habrá logrado contener á Bonaparte en sus desig-
 » nios, ó por mejor decir, desbaratarlos plenamente,
 » sino tambien asegurarnos prendas ciertas para sa-
 » car partidos ventajosos cuando al fin llegare el ca-
 » so de tratar de paces, libre siempre V. M. en me-
 » dio de esto para mostrarse generoso y volver el
 » Portugal á sus augustos hijos mediante un buen
 » tratado que los intime para siempre con nosotros.
 » Creame V. M., señor; apoderarse de este reino en
 » la ocasion presente, seria triunfar á un mismo
 » tiempo de Franceses y de Ingleses. Pues V. M. no
 » quiere guerra con la Francia, sírvanos á lo menos
 » para evitar nuestro peligro la política. De otro
 » modo yo no me atrevo á responder de lo que
 » suceda.»

— « Todo cuanto me dices es verdad y me conven-
 » ce, respondió Cárlos IV, mas no pienso sea forzo-
 » so darnos prisa. Napoleon va á comenzar ahora con
 » los Rusos, ¿quién sabe todavía cuál será su for-
 » tuna ó su desgracia en ese grande encuentro de las
 » dos potencias, si saldrá el Austria á la demanda,
 » si la Inglaterra hará el esfuerzo que tiene prome-
 » tido á la Suecia y á la Rusia...? No nos anticipé-
 » mos á los tiempos, no compliquemos los sucesos.»

— « Yo cumplo mi deber, repuse todavía, aconse-
 » jando á V. M., aunque se enfade, lo que creo

» que le conviene. Lo que ahora es tiempo hábil, se-
» guro y bien holgado; podrá no serlo en adelante.
» El Austria no saldrá mientras Napoleon no sufra
» alguna gran derrota por parte de los Rusos: la
» asistencia de los Ingleses será siempre lo que ha
» sido antes de ahora. Napoleon hará su juego; Dios
» quiera que despues no venga á hacerlo con noso-
» tros. »

— « Bien, esperemos, no me acoses, dijo el rey;
» tomemonos tiempo de pensarlo. »

De este modo la fatalidad ordenaba paso á paso nuestra ruina con elementos bien contrarios, con la virtud de Cárlos IV, con los consejos temerosos ó enemigos que le ponian perplejo, y con las traiciones sordas que se urdian en el palacio. Cosa en verdad que era inexplicable en aquel tiempo, porque jamás me mostró el rey mayor afecto que en aquella época, y nunca tomó menos mis consejos.

Mientras tanto para mayor desdicha mia, todo cuanto se hacia se me atribuia, y á la verdad habia un motivo para pensar de esta manera. En medio de estas cosas fué el nombrarme Cárlos IV su almirante general de España é Indias, protector del comercio, con iguales preeminencias, el mismo tratamiento y la misma extension de facultades con que ejerció ambos cargos el infante don Felipe bajo el reinado de Felipe V; arreos y flores y listones que sin pensarlo me ponía aquella mano augusta para adornar el sacrificio que ya se estaba previ-

niendo. Todos creerán que yo busqué encimarme de aquel modo: créanlo cuantos quisieren; pero la sola cosa que buscaba en aquel tiempo sin poder hallarla, era una puerta para irme. Con estas nuevas gracias y favores creyó el rey ponerme á salvo de mis enemigos, por aquel medio sujetarme y mantenerme en su servicio; mas con la rienda siempre asida sin dejarme el poder de obrar cual yo quisiera, cual requerian las circunstancias. Yo no acrecia mis facultades con aquellos títulos, crecian las apariencias, se aumentaban mis enemigos, y al príncipe de Asturias le hacian creer con mayor fuerza que yo aspiraba al trono. Se alegraron los que apreciando mis tareas y mis conatos anteriores, creyeron se aumentaba mi influencia y que podria llevar á efecto las reformas y mejoras que tanto deseaban y que yo estaba preparando; los que sabian por experiencia que nunca estuve ocioso en los negocios que me setaban confiados y en que yo obrába libremente; todos tambien los que dotados de algun merecimiento, vian mis puertas abiertas, mis brazos extendidos hácia ellos, sin pedirles otras lisonjas que traerme sus ideas y pensamientos en beneficio de la pátria; los que notaban sobre todo que en mi casa no habia partidos ni acepcion de personas sino en favor del mérito. De esto me alabo porque es cierto; nadie lo ha desmentido sino los ignorantes y pretendientes nulos que se encontraban excluidos de los favores del gobierno; nunca á sabiendas mias

coloqué á nadie que no lo hubiese merecido. Aun existen y existirán á favor mio las Guias de forasteros: búsquense allí los nombres de los que yo empleaba en los departamentos de mi cargo, nombres los mas que en los conflictos de la pátria adquirieron honor y gloria, y algunos de los cuales, despues de tanto tiempo, aun le estan dando luz y honra. Elevado al almirantazgo, de los mas de ellos tuve aplauso, y lo tuve tambien de multitud de pueblos que me debieron grandes bienes. Hubo muchas ciudades y parages donde se celebró mi nombramiento con regocijos y con fiestas públicas; lisonjas, si se quiere, pero no del temor, que yo no lo inspiraba y cuidé siempre no inspirarlo; aplausos y lisonjas de esperanza; si con efecto eran lisonjas; mas para mí trabajo, y perdicion, y espinas y dolores. Cuantas demostraciones se me hicieron de esta especie, las miró el príncipe de Asturias como otros tantos robos que le hacia en el afecto de los pueblos. Mi ruina era infalible; su enemistad y prevencion en contra mia no tuvo ya medida desde aquella época (1).

(1) En una serenata que con motivo de mi nombramiento á la dignidad de almirante dieron en el real palacio todos los músicos de Madrid reunidos, el príncipe Fernando, casi al lado de sus propios padres, se quejaba con su hermano don Cárlos como de un desaire á su persona de aquel festejo, que en realidad, mas bien que á mí,

Ya habia llegado en este tiempo un nuevo personaje que debia figurar en mis desgracias, y dar favor al bando del príncipe de Asturias, para que se efectuase, no diré mi ruina solamente que era

se dirigia á los reyes. »De esta suerte, decia, Godoy, va-
»sallo mio, me está usurpando el amor y la boga de los
»pueblos. Yo no compongo nada en el gobierno; él se lo
»lleva todo; esto es intolerable.» — «No te incomodes, res-
»pondió el infante, que mientras mas le dieren, mas ten-
»drás pronto que quitarle.» Yo veia mi ruina casi cier-
ta, y no podia evitarla. ;Qué posicion la mia entre el
odio del hijo y el amor del padre!

Pensarán tal vez algunos que salió de mí la idea de establecer el almirantazgo y la dignidad de almirante. Ruego que se me crea. El pensamiento fué loable, mas no mio. Aun quedarán algunos que se acuerden. Aquel proyecto tuvo su primer origen en las frecuentes conferencias que el ministro de hacienda tenia con la junta de comercio, moneda y minas, á que estaba agregado, como ya dije en otra parte, el negociado de *fomento y de balanza*. Se trataba de animar el comercio, de sostener el crédito, de añadir confianza, de cubrir y amparar en todas partes nuestra marina mercante, y mas que todo de reforzar nuestros cruceros y aumentarlos en la América, donde los ingleses, mayormente en la del Sud, nos hacian una guerra peligrosa y porfiada. Era forzoso en tales circunstancias crear recursos nuevos á la marina real, y plantear en todas partes, de acá y de allende de los mares, un sistema bien concertado de guerra defensiva, que poniendo del todo á salvo nuestras Indias, ayudase tambien á sostener cumplidamente nuestras expediciones comerciales, y amparase por todos medios las fortunas particulares y la hacienda del estado. La dignidad y el cargo de almirante no era una innovacion entre

poco, sino la ruina de sus padres, y mas que todo esto la ruina de la España. Ningun ministro de la Francia nos habia traído tantas y tan finas protestas de amistad de su gobierno como nos trajo este enviado. Sus modales eran muy nobles y corteses: notá-

nosotros; un número bien grande de caballeros de Castilla lo ejercieron, desde el antiguo capitán Ramon de Bonifaz, nombrado por el rey Fernando el Santo, hasta don Juan Alonso Enriquez de Cabrera, en cuya familia habia llegado casi á hacerse hereditario aquel dictado por espacio de dos siglos. Tuviéronle despues don Juan de Austria, hijo de Cárlos V, el segundo don Juan de Austria, hijo de Felipe IV, y mas recientemente, nuestro infante don Felipe suegro y tío de Cárlos IV. El rey no añadió nada en cuanto á mis facultades confiriéndome aquel cargo, puesto que no eran menos las que yo tenia de antes como generalísimo; igualándome empero en tratamiento y en honores con aquellos príncipes exacerbó la envidia de mis enemigos y me aumentó el enojo de su hijo. Y en medio de esto es de observar, que mi poder en clase de almirante no fué absoluto y privativo como en los siglos anteriores, sino templado y ejercido en un consejo (sola cosa que fué innovada á imitacion del de Inglaterra), y un consejo no de apariencia y perspectiva, sino formado á mi propuesta, de los hombres mas estimables, mas capaces y probados que podian convenir á aquel servicio, ricos no menos del aprecio público que del aprecio del monarca. Tales fueron los tenientes generales de la real armada don Ignacio María de Alava, don Antonio Escaño y don José Salcedo; don Luis María de Salazar, intendente general; el gefe de escuadra don José de Espinosa Tello, secretario; el capitán de navío don Martín Fernandez Navarrete, contador; y don Manuel Sixto de Espinosa, tesorero del almirantazgo.

base en su trato aquel buen tono de la nobleza antigua de la corte de Versalles. Al contrario de aquel desgarro militar y aquella especie de franqueza soldadesca que usaba Beurnonville, el marques de Beauharnais pródigo con finura y con buen arte de aquellas gentilezas, que sin ser otra cosa que floreo dejan gustoso y satisfecho el amor propio, escaseaba las palabras en los asuntos de importancia, y se mostraba grave y circunspecto con estudiada parsimonia y compostura. Yo le traté muy poco, y sobre todo me guardé con él, cuanto me fué posible, de entrar en discusiones de política; se traslucía el emperador en su semblante como la luz ahogada de una linterna sorda. Toda su habilidad se mostró en esto; y con linterna sorda anduvo siempre, mal llevada, por fin de todo, al gusto de su dueño. Han dicho algunos que hice mal en no tratarlo mas de cerca; mas qué podia yo hacer con quien debia pensar que su camino lo traeria trazado en su cartera? El no habria dicho su secreto, mucho menos yo el mio; ¡triste de mí que aun esperaba, si la fortuna presentaba alguna buena coyuntura, poder vencer á Carlos IV á asegurar su trono con las armas! Y al fin si yo hice mal en no intimarme con el precursor de Bonaparte, entre tan grandes pruebas de lealtad que dejé dadas, y contra tantas voces y mentiras tan groseras que esparcieron para perderme y para deslumbrar la España mis furiosos enemigos, aun me queda esta prueba mas que por desgracia se ignora-

ba entonces, y es que no fué conmigo con quien contó Beauharnais para empezar á dar carrera á los designios de su amo; que se asoció á este fin con mis contrarios, y se asoció para perderme y destruir del todo mi influencia. Si ésta le hubiera sido favorable, no habria tomado aquel camino tan tortuoso y tan ageno de un ilustre caballero y de un embajador acreditado cerca de Cárlos IV rey de las Españas, no cerca de su hijo; no se hubiera manchado torpemente hasta el extremo de hacerse agente y zurcidor de *felones* y traidores con el emperador de los franceses. Ya hablaré de esto mas extensamente en otra parte.

La primera encomienda del nuevo embajador fué de comunicarnos el famoso decreto del bloqueo continental de la Inglaterra, expedido en Berlin por Bonaparte en 21 de noviembre de 1806. Muchos han alabado esta medida como un desquite justo contra la tiranía marítima que usaban los ingleses: otros la han censurado amargamente como una nueva tiranía que condenaba á privaciones insufribles los pueblos de la Europa, y que por arruinar á la Inglaterra, cosa que no era dable sin que todas las naciones se hubieran convenido á un mismo tiempo en adherirse á aquel decreto, debia arruinar millares de familias y empobrecer el continente. Como quiera que lo entendiese cada uno, esto solo fué cierto, que el bloqueo continental no fué un sistema de bloqueo contra el comercio de Inglaterra, sino un

sistema de rapiña y latrocinio contra los pueblos mismos que pretendia Napoleon emancipar de la opresion inglesa. Ni las regencias berberiscas, ni los viejos soldanes de la Persia ó del Egipto habrian violado hasta tal punto la justicia que es debida en los negocios comerciales, como Napoleon y su gobierno llegaron á violarla bajo la capa del bloqueo. Lo que en Italia, en la Suiza, en la Holanda y en Alemania fué sufrido de expoliaciones, de miserias, de sufrimientos y dolores con pretexto de aquel decreto, excede toda cuenta. Y no se diga que exagero: he aquí por cima alguna parte de lo que en este asunto ha escrito en sus memorias M. de Bourienne, autor que puede ser creído:

«Nadie, dice, mejor que yo, se ha podido encontrar en situacion mas propia para conocer toda la *picardia* del sistema continental y para graduar sus funestos resultados... Semejante decreto no puede ser mirado sino como un acto de demencia y de tiranía europea. No era un decreto de esta especie, sino armadas, lo que debia oponerse á la Inglaterra. Sin flotas, sin marina, era cosa ridícula declarar las islas Británicas en estado de bloqueo, mientras de hecho bloqueaban los ingleses todos los puertos de la Francia. No siéndole posible hacer lo mismo, suplió Napoleon su falta de poder por el decreto de Berlin, y esta rara política fue llamada el sistema continental, verdadero sistema de dinero, de fraude y de pillage. Cuesta hoy

» trabajo concebir como pudo sufrir la Europa aque-
» lla tiranía fiscal que hacia pagar á un precio exor-
» bitante los consumos que tres siglos de habito ha-
» bian hecho necesarios á los pobres lo mismo que
» á los ricos. Es tan falso que el solo objeto de esta me-
» dida fuese dañar á la Inglaterra, cuanto era visto
» que se vendian licencias para comprar los géneros
» ingleses, y que el oro solamente obtenia estos
» privilegios.... La especulacion de estas licencias lle-
» gó á un extremo escandaloso, sin mas ventaja que
» de enriquecer algunos aduladores, y contentar las
» cortas miras y el capricho de algunos intrigantes...
» En Hamburgo, bajo el gobierno de Davoust en
» 1811, un pobre padre de familia estuvo ya muy
» cerca de haber sido ajusticiado por haber introdu-
» cido en el departamento del Elba un pequeño pi-
» lon de azúcar de que necesitaban en su casa, y esto
» en el mismo tiempo en que Napoleon tal vez fir-
» maba una licencia para introducir millares de pi-
» lones. El contrabando en pequeño era castigo con
» pena de muerte, y el gobierno lo hacia en gran-
» de.... Este odioso y brutal sistema, digno de los
» tiempos de ignorancia y de barbarie, que aun ad-
» mitido en teoría hubiera sido impracticable en su
» aplicacion, no ha sido todavía sellado bien de fir-
» me con la marca de la infamia.... Los que aconseja-
» ron al emperador aquel extravagante sistema, no
» se cuidaron de reflexionar, que indignando y su-
» blevando la Europa por tal medio no podria menos

»de armarse toda ella contra aquella mano que la
»exasperaba tan violentamente.... La prohibicion
»del comercio y la severidad tan cruel y habitual
»en el cumplimiento de aquella odiosa concepcion,
»no eran realmente otra cosa que *un impuesto conti-*
»*nenal*.... Cantidades enormes de mercancías ingle-
»sas y de géneros coloniales, se acumulaban en el
»Holstein donde llegaban casi todas por Kiel y
»Hudsum, y penetraban con el favor de los seguros.
»Yo le escribí al emperador que aquel inevitable
»contrabando se podria reemplazar en provecho del
»fisco, concediendo el paso de los géneros por un
»derecho igual al que constaban los seguros. Mi
»dictámen fué oido, y en solo el año de 1811 ganó
»el fisco mucho mas de sesenta millones. Mientras
»tanto decian con entusiasmo los aduladores, que la
»Inglaterra iba á arruinarse, impedida la entrada de
»sus especies coloniales.... El decreto insensato de
»Berlin á nadie hizo mas daño que al emperador,
»concitandole el odio de los pueblos.... Se necesita ha-
»ber sido testigo, concluye M. de Bourienne, como
»yo lo he sido, de tantas vejaciones y de tantas mi-
»serias causadas por el deplorable sistema continen-
»tal, para concebir el mal que sus autores hicieron
»á la Europa, los odios que excitaron, las vengan-
»zas que provocaron, y la parte que tuvieron en la
»caida del imperio (1).»

(1) *Mémoires de M. de Bourienne*, tomo VII, capítulo XV, desde la página 227 hasta la 240.

He traído á cuenta todo esto, porque á pesar de aquel sistema de contemplacion y paz á todo riesgo que comenzó á prevalecer en nuestra corte para con Bonaparte, en España no se sufrieron estos males y estas vejaciones que sufrían los demas pueblos aliados de la Francia, por mas que hubiesen sido provocados estos males por sus instigaciones, y por aquel dominio que comenzaba ya á afectar sobre nosotros. Bajo el pretexto de poner de acuerdo la ejecucion de aquel sistema entre nosotros con las medidas que al intento hacia tomar en Francia y en los demas paises aliados, se nos indicó la ruin idea de establecer juzgados militares y ambulantes en persecucion del contrabando, y de agravar sus penas hasta la de muerte. Los españoles saben que no se hizo nada de esto, que la persecucion del contrabando fué la misma que de antes lo habia sido sin agravar las penas ni distraer los delincuentes de sus jueces naturales; que la España no sufrió la falta de azúcar y cacao como las demas naciones; que nuestros buques de comercio, amparados en sus viages por la marina real, nos mantuvieron la abundancia de las especies coloniales, y nos sobró para vender á los franceses y á muchos otros pueblos de la Europa. No eramos desgraciados todavía comparativamente con los demas estados que dominaba Bonaparte; feliz, sí, mas que nosotros la nacion francesa, si por felicidad puede entenderse vivir de una gran gloria á expensas de la sangre de

sus hijos prodigada en todo el mundo, haber trocado por aquella gloria sus libertades mas queridas, y ser en aquel tiempo la primera esclava, ó por hablar mas propriamente, la gran sultana favorita entre las demas esclavas que su señor hacia en la Europa á la redonda.

Aun cuando Bonaparte no hubiese dado ya á entender sus intenciones contra el Portugal á don Benito Pardo, bastaba su decreto del bloqueo continental para inferir y no dudar de modo alguno que no podria pasarse mucho tiempo sin que se exigiese de aquel reino su total separacion de la Inglaterra. Lo que me dió mas inquietud acerca de esto, fue el observar que Bonaparte, sabiendo bien que nos hallábamnos con fuerzas militares muy sobradas para cualquiera empresa, no nos pidiese entonces que fuesen empleadas en obligar al Portugal á renunciar á la Inglaterra y á entrar en su sistema. ¡Cómo lo hubiera yo querido, y qué medio tan cierto hubiera sido éste para romper las vallas que detenia á Cárlos IV en resolverse y entregarse á mi consejo de ocupar aquel reino! Mas Bonaparte no lo hizo: se reservaba ciertamente aquella empresa para acometerla él mismo, y á pesar del recelo que le daban nuestras tropas, ni una sola palabra nos fué dicha, ni directa ni indirecta, concerniente á tal objeto. ¡No hubiera sido aquel un medio de cumplir enteramente sus designios de cerrar el continente á los ingleses, de ocuparnos en favor suyo y quedar cier-

to de nosotros? ¡Porque se abstuvo de esto! ¡Oh con qué veras y qué inútilmente me esforcé yo entonces en demostrar al rey nuestro peligro de los tiempos venideros, y la necesidad premiosa que tenía la España de someter el Portugal, y de quitar de en medio aquel sillar que de pensado dejaba puesto Bonaparte para sus miras ulteriores! Carlos IV me comprendía perfectamente: me daba la razon, mas no perdiendo la esperanza de que el gobierno portugues conociese mejor sus intereses y se aviniese con nosotros para evitar su riesgo y nuestro compromiso, dilataba poner en obra mis consejos como cosa que debia hacerse solamente en un extremo. Los dias eran contados: desperdiciáronse esperando, y el funesto sillar, el fatídico agarradero quedó puesto.

Mientras tanto no se olvidó Napoleon de buscar alguna prenda con que poder estar seguro de nosotros. En los dias récios que le trajo la campaña de Polonia, y cuando la fortuna parecia indecisa entre los rusos y franceses, invocó la amistad y la alianza de la España, y pidiónos se le auxiliase con una division de tropas nuestras. Hízolo en tiempo en que se hallaba de redoblar sus fuerzas. La batalla de Preusch-Eylau le fué costosa en demasía: con muy pocas batallas como aquella, se habria visto arruinado para siempre. Venian marchando nuevas tropas de la Rusia, y daba muestras la Inglaterra de

querer obrar activamente segun el plan de lord Morpeth, que consistia en poner al grande ejército francés entre dos fuegos, reunir con este objeto en la Pomerania sueca cuarenta mil Ingleses, quince mil rusos, diez mil prusianos y veinte mil suecos, y atacar por la espalda á Bonaparte, al mismo tiempo que los rusos le atacarian en grande fuerza por su frente. Necesitaba aquel formar un nuevo cuerpo de ochenta á cien mil hombres, y establecer otra gran línea desde Magdeburgo hasta el Báltico sin desfaltar el grande ejército. A estos apuros se juntaba la incertidumbre en que Napoleon se hallaba de la intencion del Austria. Esta formaba entonces cuatro cuerpos de neutralidad armada al mando de los archiduques Cárlos, Juan, Fernando, y Maximiliano: la totalidad de las fuerzas austriacas bajo pie de guerra componia en aquel tiempo trescientos mil soldados, se hacia ademas una gran leva, se mandaba organizar en todas partes milicias nacionales, y en la Bohemia sobre todo se mostraba el Austria amenazante, revistiéndose en tal estado del papel de mediadora. Entonces fué tambien cuando Napoleon pidió la conscripcion anticipada de 1808 por su decreto dado en Hosterode (1), cuando hizo

(1) En 20 de marzo de 1807. En su mensaje al senado conservador explicaba bien sus apuros cuando decia entre otras cosas las siguientes: « Todos los estados con-finantes toman las armas. La Inglaterra acaba de man-

redoblar sus contingentes á sus confederados de Alemania, cuando la Italia, la Holanda y la Suiza fueron estrujadas inhumanamente para formar las grandes masas que necesitaba con urgencia.

Mi dictámen sobre aquel pedido fué de negarlo y emprender la guerra todavía, cierto de que el Austria entonces, de mediadora que se habia mostrado, acabaria por enemiga tomando parte en la demanda de los pueblos oprimidos. ¡Qué ocasion no fué aquella! La capital y las provincias de la Francia, aun en medio de la opresion, mostraban su disgusto sin saber disimularlo; se temió un movimiento, y muy pocos habrá que ignoren en la Francia que por entonces fué la primera tentativa de un trastorno del imperio por el general Mallet, tenta-

»dar se pongan sobre ellas otros doscientos mil hombres.
» Varias potencias levantan igualmente considerables ejércitos. Por formidables y numerosos que sean los nuestros, las disposiciones que abraza el proyecto del senado-consulta nos parecen, aunque del todo no fuesen necesarías, á lo menos útiles y convenientes. Es necesario que nuestros enemigos á la vista de la triple barrera de nuestros ejércitos, bien asi como al aspecto de la triple cadena de plazas fuertes que defienden nuestras mas importantes fronteras, pierdan enteramente todas sus esperanzas, etc.» El informe del mariscal Berthier, ministro de la guerra, era todavía mas apretante y mas explícito; la realidad de los peligros que corria Bonaparte, mucho mayor que cuanto se indicaba por escrito. Los fondos públicos bajaron.

tiva en la cual se dijo haber entrado algunos senadores. El descontento general, la incertidumbre de los ánimos y las sordas agitaciones que se notaban en la Francia, dejaban presentir que era posible y muy posible una explosion, al primer contratiempo que habria tenido Bonaparte. ¿Erraba yo en querer la guerra?

Dirá tal vez alguno que me contradecia yo mismo, ora en querer la guerra contra el emperador de los franceses, ora en aconsejar la ocupacion del Portugal, favoreciendo en esto sus designios. No era en verdad contradiccion; era una disyuntiva, dos caminos que se ofrecian para salvar mi pátria de los riesgos de que se hallaba amenazada. No adoptado el primer camino, aconsejaba yo el segundo, y entrambos eran justos, porque eran necesarios uno ú otro. Ocupar el Portugal por mas ó menos tiempo y obligarle á marchar en nuestro mismo rumbo de política, no era servir las miras del emperador de los franceses, sino valerme de ellas contra él mismo; tal vez tambien en favor suyo, si se quiere, porque quitándole el pretexto y la ocasion de penetrar en nuestro suelo, no hubiera cometido el atentado y el yerro capital que trajo en fin su ruina y le dejó una mancha eterna.

Otra seria mi suerte hoy dia si hubiera sido oido. No lo fuí por mi desgracia y la de la España, y yo llevé el pecado que no hice. No acuse nadie de esto á Cárlos IV. Los consejos contrarios le abatie-

ron; entre estos, sobre todo, los consejos estudiados y capciosos de mis enemigos. Un nuevo campeón, el que jamas se habia metido en los negocios de política, el que vivió una vida retirada y silenciosa entre sus devociones y sus telares de bordados, ó bien tocando la zampoña que era su instrumento favorito, el pacífico infante don Antonio, salió de su quietud, se alistó en la faccion de su sobrino, y se hizo un instrumento y un nuevo arrimadizo para quitar á Cárlos IV toda idea de empresas belicosas, para alabarle á Bonaparte y para darle confianza en sus virtudes. Don Antonio Pascual no comprendia las intenciones de los que le movian y le arrastraban contra su propio hermano bajo la sola idea de contrariar mi influjo, de disuadir la guerra, de estrechar mas y mas nuestra amistad con el emperador de los franceses, y preparar al príncipe Fernando las soñadas bodas imperiales.

Dióse en fin el socorro que pedia el emperador, á la verdad no tan cumplido como deseára, bastante empero para sus designios; no que precisamente fuera su intencion debilitarnos; parte de aquellas tropas que se dieron bajo su misma indicacion, fueron las que se hallaban en Toscana un año antes. Sus principales miras eran comprometerlos con las demas potencias beligerantes, quitarles la esperanza de que la España cooperase en favor de ellas, desanimar al Austria, y estar seguro de nosotros mientras se debatia en el norte y terminaba la campaña.

Logró al fin que se viese entre sus filas la bandera castellana. En el largo discurso de mi mando no habian dañado nuestras tropas pueblo alguno que nos hubiese sido inofensivo: por la primera vez despues de tanto tiempo sucumbió nuestra corte, á pesar mio, á la dura fatalidad á que cedieron antes otros pueblos. No perdí empero la esperanza de que algun suceso favorable de entre tantos futuros contingentes que eran dables, nos volviese otra vez á nuestra entera independendencia en los negocios de la Europa; aun esperé con fé española que nos seria posible todavía pelear por su salud y por la nuestra inminentemente amenazada. Mis postreras palabras al marques de la Romana al despedirnos fueron estas:

«Marques mio, mi verdadero amigo con quien puedo mostrarme abiertamente; mientras que sea preciso militar con los franceses, peleando en favor de ellos sosten como tú sabes el honor de nuestras armas, como lo sostuviste cuando lidiabas contra ellos. Pero está sobre aviso, porque será posible todavía que les hagamos la guerra. Si llegare este caso, yo te instruiré con tiempo por Hamburgo, y tú libertarás tu division de que sea hecha prisionera: cuenta con la Suecia donde hallarás asilo. La fortuna tal vez podrá ofrecerte la ocasion propia de acómeter alguna hazaña que haga eterna tu memoria.»

CAPITULO XXVI.

Prosperidad de nuestras armas en América. — Tentativas del partidario don Francisco Miranda sobre las provincias de Tierra Firme. — Invasión de Buenos-Aires por sir Home Popham. — Reconquista de aquella ciudad por don Santiago Liniers. — Nueva expedición inglesa contra aquel vireinato. — Ocupación de la Banda Oriental y toma de Montevideo por las tropas enemigas. — Ataque de Buenos-Aires. — Defensa heroica de la ciudad bajo el mando de Liniers. — Derrota completa del ejército británico. — Capitulación que le fué concedida á condición de evacuar á Montevideo y reembarcarse. — Un rasgo generoso de lord Holland. — Vuelta de Bálmis de su viaje al rededor del mundo para la propagación de la vacuna.

Los rencores de Mr. Pitt contra la Francia y contra España, y su tenaz designio de emancipar la América española y de abrir á la industria y al comercio de su patria aquellas ricas posesiones, fueron como una especie de legado y de disposición testamentaria que aceptaror sus diversos sucesores, sin que jamás abandonasen, ni en la guerra ni en la paz, aquel proyecto codicioso, por cierto no logrado mientras que tuvo el cetro Carlos IV, batallando lo mas del tiempo con la Gran Bretaña en desigual contienda, pero cumplido en fin bajo el

reinado de su hijo mientras aquella fué su amiga y aliada y gobernaron mis contrarios. Voy á contar los triunfos que alegraron los postreros años del reinado de aquel augusto anciano, á quien de hoy mas, caidos ya en oprobio para siempre sus inicuos detractores y enemigos, le volverá la España juntamente con la historia la memoria honrosa que le debe.

Cuando Pitt murió, tenia pendientes sus intrigas y proyectos contra el sud de nuestra América; las atenciones graves y continuas que le ofrecia la Europa le habian hecho prorogarlos mal su grado. Sir Home Popham, comandante general de las fuerzas navales destinadas contra el cabo de Buena-Esperanza, llevaba el doble encargo de invadir las provincias de la Plata y de tentar su primer golpe en aquel punto sobre la capital del vireinato, mientras el llamado general Miranda, instrumento empleado ya otras veces vanamente por el ministro inglés para agitar la América española, caeria sobre el pais de Venezuela y alzaria en la Colombia el estandarte de la independenciam. El comandante inglés, y el revoltoso Caraqueño, concertaron los medios de poner por obra simultáneamente aquellas dos empresas, y aprobados sus planes por Mr. Pitt y lord Melville, partieron cada uno á su destino (1).

(1) Don Francisco Miranda, natural de Caracas, comenzó su desastrada carrera militar y política al tiempo

Dirigióse Miranda á Nueva-York surtido largamente de dinero y puesta á su servicio una goleta inglesa bien cargada de pertrechos. Allí trabó amistad con varios armadores, se allegó algunos entusiastas, reclutó gente advenediza, fletó el navío *Leandro*, y no pudiendo estar mas tiempo de aquel modo en un pais amigo de la España, trasladó su armamento á Jacomelo en donde se reunian mayores fuerzas que le fueron enviadas desde Puerto-Príncipe, entre ellas dos corbetas, *Baco* y la *Abeja*, bien provistas y artilladas. En aquel puerto organi-

de la insurreccion de las colonias inglesas contra su metrópoli, dejando su patria y pasando á aquellos estados, donde tomó partido entre las filas de los voluntarios franceses que asistieron á los Anglo-Americanos. Despues, por una inconsecuencia difícil de explicarse, vino á Europa donde militó bajo las banderas de la emperatriz de Rusia Carolina II. Oido allí el primer grito de la revolucion francesa, vino á buscar en ella su elemento mas querido, se adquirió la boga popular por la exageracion de sus ideas democráticas, corrió á las armas con la muchedumbre, y subió en poco tiempo hasta el grado de general de division, que ejerció con desigual fortuna, ora próspera, ora adversa. Mal visto y procesado despues del gran desastre que sufrieron los franceses en la batalla de Neerwinden donde mandaba el ala izquierda, escapó del suplicio como por milagro; pero perdida su opinion y enredado despues en mil intrigas de partido, fué expulsado de la Francia. Vacante entonces su ambicion en las regiones de la Europa, volvió su vista hácia la América, y se propuso nada menos que hacerse un nuevo Washington en las colonias españólas. Muy poco escrupuloso

zó sus tercios, los ejercitó en las armas, dió sus patentes de oficiales, se hizo reconocer por comandante general de las tropas colombianas, y preparó sus planes sediciosos, sus correos, sus proclamas y sus cartas á todas las provincias. Recibido el aviso de estar listo el general inglés que debia atacar á Buenos-Aires, se hizo á la vela para Orua en 10 de abril, y el 19 pareció sobre las costas de Caracas.

Mas todo estaba ya provisto para la defensa, y lo que valia mas, y por lo cual ninguna tentativa del rebelde podia tener buen logro, la lealtad del pais nunca se habia mostrado tan igual, tan positiva y tan sincera como entonces. Las proclamas in-

acerca de los medios para poner por obra sus ideas, fué á buscarlos á Inglaterra y á brindarse y á ayudarla contra su propia patria. Pitt encontró en Miranda un instrumento propio á sus designios, y ensayó muchas veces por su mano revolver nuestras Américas. La última empresa de este género que acometió Miranda durante el reinado de Cárlos IV, tan inútilmente como siempre, pero con mas auxilios y en mayor escala que las anteriores, fué la que concertó con Mr. Pitt, en 1805, y probó á ejecutar en el siguiente año de 1806. Rebeladas despues las provincias de Tierrafirme, por el año de 1810, tuvo una parte activa en aquellas turbulencias, y hecho general y dictador concluyó su infeliz carrera por capitular con el general español Monteverde y entregarle la Colombia. La enemistad de sus compatricios le entregó despues al mismo general, el cual le envió en seguida á España bajo partida de registro. Miranda murió en Cadiz, prisionero en una torre.